

Hechos culturales destacables

PERISCOPIO CULTURAL
MANUEL DREZNER



DE VEZ EN CUANDO HAY QUE DEJAR constancia de que no todos los hechos culturales tienen lugar en los centros habituales, sino que fuera de ellos hay mucho para gozar y el amante de la cultura haría bien en comprobar cómo hay cantidad de espectáculos alternos entre nosotros. Por ejemplo, en el Teatro Libre del Centro hay algo del mayor interés y es la presentación de una pieza llamada *Grises*, basada en el

brillante *Acto sin palabras* del nobel Samuel Beckett, obra de gran profundidad y que se interpreta en silencio, no como pantomima sino como expresión corporal donde se describen una serie de emociones humanas. Es una pieza difícil de interpretar y es laudable que se monte entre nosotros.

Hay que agregar a los actos de celebración de los 250 años del nacimiento de Beethoven, mencionados en ocasión pasada, que en Colsubsidio dedicarán su tradicional serie anual de grandes pianistas a conmemorar la importante efeméride y los intérpretes Jan Lisiecki, de Canadá; Jorge Luis Prats, de Cuba, y Daniela Liebman, de México, darán cuenta de una parte

notable de la música de piano beethoveniana. La presencia de la última nombrada es interesante pues se trata de una instrumentista que cuenta con solo 17 años, pero ya se ha hecho conocer en los medios musicales del continente.

Otro hecho interesante tuvo lugar en un teatro con el sugestivo nombre de La Quinta Porra, donde se ha presentado un espectáculo de danza de temas feministas, por una creadora que trata de mostrar sus impresiones de haber estado por años en un medio africano musulmán.

Como puede verse por lo anterior, en Bogotá los espectáculos alternos abundan y el buen aficionado puede gozar de platos exquisitos por fuera de lo rutinario.

Desconfianza

JOSÉ FERNANDO ISAZA



LA REVISTA *DINERO*, EN SU EDICIÓN del 21 de febrero de 2020, analiza el informe de Raddar sobre el grado de confianza de los colombianos en las instituciones. Los resultados desalentadores son fácilmente explicables.

Solo el 10,6% confía en sus gobiernos locales. Se entiende esta cifra al considerar lo siguiente: uno de cada tres financiadores de las campañas electorales contrató con el Estado. En el periodo 2010-2019 el 80% de la contratación fue directa. La rentabilidad de la financiación se puede deducir del siguiente cálculo: de acuerdo con Transparencia por Colombia, por cada peso invertido en la financiación de las campañas, en muchos municipios se obtuvieron \$33 en contratos; la mayor parte, adjudicados a dedo. Un margen razonable de utilidad en una licitación transparente es del 10%; en una adjudicada a dedo, producto de la contribución a la campaña, bien puede ser del 30% o más, una rentabilidad del 990%, mayor que con la coca o la minería ilegal.

Es aún más precaria la situación del Gobierno Nacional, pues solo el 9,1% confía contra un 90,9% que no confía. No son de extrañar las movilizaciones ciudadanas contra un Gobierno que genera muy poca confianza. El porcentaje de confianza es mucho menor que el apoyo electoral (Sudarsky), la gente vota y olvida. El Gobierno ha incumplido promesas de campaña, como la de hacer un gobierno técnico alejado de los pactos burocracia-contratos. Su oposición al fracking quedó diluida y ahora se orquesta una campaña en la cual no están ausentes los escenarios apocalípticos si no se recurre a este método de producción. Se anuncian leyes para hacer aún más precaria la contratación laboral, a pesar de que el Gobierno negaba que iba a hacerlo.

El Ejército tiene un mejor grado de confianza: 37,5% contra un 62,5% que no confía. Hay un deterioro notable con relación a las cifras anteriores, que invertían la percepción. ¿Podrá un ciudadano confiar en una institución cuyo comandante, en una declaración oficial, lamenta en nombre de todas las Fuerzas Armadas la muerte de uno de los más terribles y cínicos asesinos de la historia? Poca confianza debió inspirar en el ciudadano esta entidad cuando se trató de revivir el estímulo a los asesinatos de inocentes indefensos y solo se revirtió esa política a causa de las filtraciones de la prensa extranjera. O cuando uno de sus excomandantes afirmó que los asesinatos de inocentes se produjeron por haber reclutado a personas de estratos económicos bajos. Es fundamental para la democracia un Ejército que inspire confianza y respeto. Se necesita reconocer qué integrantes de esta institución usaron el poder de las armas para cometer crímenes de guerra.

La confianza en las iglesias hace unas décadas superaba el 85%, pero hoy el 47% confía y el 53% no. La pederastia en la Iglesia católica y la percepción de que muchas iglesias se crean con el fin de eludir impuestos y enriquecer a sus pastores pueden explicar esta caída de confianza.

Preocupa el bajo grado de confianza en los medios de comunicación: 17,7%. A los empresarios no les va mejor, pues solo el 12,7% confía en ellos. Y para oscurecer más el panorama, solo el 22% tiene confianza en sus vecinos.

Antes de iniciar inútiles y costosas campañas publicitarias que busquen mejorar la percepción de confianza, las instituciones deben corregir de fondo las causas que llevan a que los ciudadanos desconfíen de ellas. La corrupción explica buena parte las altas cifras de desconfianza.

Osuna



Comenzó la Cuaresma

Información y coronavirus

YOLANDA RUIZ



EL RETO DEL CORONAVIRUS NO ES solamente de salud, es también de información. En este mundo hiperconectado en el que millones de mensajes se mueven en fracciones de segundo, es tan peligrosa la desinformación como el contagio mismo. Al escribir esta columna, por hacer el ejercicio, busqué en Google la expresión "coronavirus COVID-19" y aparecieron 195 millones de resultados. Por fortuna, los primeros enlaces me llevaron a la Organización Mundial de la Salud gracias al acuerdo que se logró con el buscador. Sin embargo, es apenas obvio pensar que no todos esos millones de contenidos son fiables ni verdaderos. Tanto así que la misma OMS habló de una "infodemia masiva". Aquí es donde aparece el reto mayor para quienes manejamos información. No se nos puede olvidar nunca que el periodismo es servicio público y la primera obligación es informar bien, mucho más cuando hay vidas en riesgo.

En momentos como este, en el que aparecen escenas apocalípticas brincando desde las pantallas de los celulares, es cuando los comunicadores (seamos perio-

distas, influencers o youtubers) y también las audiencias debemos entender el valor de la información confiable y seria. No todo vale en aras de buscar tendencias o clics. Confirmar con fuentes fiables, no reproducir cadenas alarmistas, no contribuir con la xenofobia o el pánico colectivo son recomendaciones que nos vienen bien a los que informamos y a quienes se informan y al mismo tiempo comparten contenidos en sus redes sin preguntarse de dónde vienen. Esta precaución debería ser la constante con toda información y más cuando hablamos del riesgo de una pandemia. En casi todas las emergencias el pánico puede producir más víctimas que aquello que las provocó.

En el caso de los periodistas hay un desafío inmenso porque se trata de informar sin tergiversar, entendiendo lo que pasa y verificando cada detalle. Esto se puede complicar cuando hacemos el esfuerzo por buscar las fuentes fiables que no siempre están disponibles o no dan abasto para atender la emergencia y además la demanda de información. Entonces echamos mano de "los expertos" que se han puesto de moda en los medios de comunicación y en las redes sociales. Lo complicado es distinguir entre el verdadero experto y el que se vende y mercadea como tal sin serlo y que en realidad no sabe nada distinto a "echar carreta" en un lenguaje confuso. Cuánto bien nos haría a todos

que estos últimos se callaran y no desinformaran en momentos cruciales. Cómo nos serviría eso a los periodistas para equivocarnos menos, porque a veces la mala información que se publica viene de una mala fuente que presenta como ciertos unos datos falsos o parciales. Por eso toda precaución es poca si hablamos de información científica y de salud.

En una noticia como la del coronavirus la precisión en los datos es clave y el contexto lo es todo. No se trata solamente de contar muertos. Debemos reportar ese dato, pero ir más allá: hay que entender lo que esa cifra significa, cuál es el porcentaje de letalidad, de incidencia, la rapidez con la que se propaga, la tasa de sobrevivencia, las poblaciones de riesgo y la manera como el virus actúa de distinta manera según se trate de jóvenes o ancianos, personas sanas o con enfermedades previas. El contexto es lo que nos permite ver el cuadro completo y entender. Y si entendemos, vemos la verdadera magnitud de la amenaza para actuar en consecuencia, sin alarmar más allá de lo necesario y tomando las medidas de precaución que de verdad son pertinentes. Una cifra convertida en meme o en pieza digital por fuera de todo contexto puede hacer mucho daño. Una historia emocional no contribuye a que la razón comprenda lo que está pasando. Tremendo reto: que no se expandan ni el virus ni la desinformación.